

La guerra de España en tierras rioplatenses

Por Daniel Campione

Introducción

La guerra civil española se produjo a partir de un golpe cívico-militar fracasado. Se combatió durante casi tres años hasta que los autores del golpe, con el apoyo de las potencias fascistas, alcanzaron su objetivo inicial de derrocar al gobierno legítimo, e instauraron un orden represivo, guiado por un programa reaccionario orientado a disciplinar a lxs trabajadores y campesinxs españoles.

El conflicto tuvo una repercusión mundial, expresada sobre todo como solidaridad con la república española. Para algunos se trataba de apoyar a la democracia frente a una agresión de tinte fascista. Para otrxs de dar impulso a la acción revolucionaria desplegada por las corrientes más radicalizadas dentro de lxs leales al gobierno.

En Argentina las solidaridades fueron fuertes y variadas. Son conocidos y recordados los múltiples actos de apoyo a la república. Y la presencia de argentinxs en España, en diversas funciones en el frente y la retaguardia republicana.

Uno de los artículos aquí recogidos hace referencia a escritorxs y poetas que, en el papel de corresponsales, cubrieron la contienda española con clara toma de partido por las fuerzas de izquierda.

Los demás toman un aspecto menos conocido: La amplia gama de apoyos que intelectuales, dirigentes políticos y la iglesia católica de Argentina brindaron a lo que consideraban una “cruzada” en pro de los valores cristianos y de las mejores tradiciones hispánicas.

Con motivo del aniversario de la sublevación y el inicio de la guerra, es necesaria la recordación de quienes prefirieron compartir bando con Italia fascista y Alemania nazi, en contra del pueblo español y de las democracias a las que percibían como “antesala del comunismo”.

Más allá del transcurrir de las décadas, la guerra de España aún atrae el interés intelectual y el compromiso afectivo de millones de argentinas y argentinos.

Intelectuales argentinos con Franco. Entre la Iglesia y el fascismo

El golpe militar con apoyo empresarial y eclesiástico que dio origen a la guerra civil española tuvo apoyos desde el primer instante en nuestro país. Destacados intelectuales se encolumnaron con la perspectiva antiparlamentaria, anticomunista y ultracatólica de los autores e inspiradores de la sublevación.

Para un sector muy amplio de la derecha argentina y de sus exponentes intelectuales en particular, oponerse a la “amenaza roja” en España, se convirtió en un signo de identidad. En ese campo se encontraba la mayoría de la militancia católica, proclive al entendimiento con los fascismos europeos.

Puede servir de ejemplo la declaración de un por entonces joven intelectual nacionalista, Mario Amadeo: “Durante la guerra civil me sentí íntimamente solidarizado con las fuerzas nacionales porque entendí que no se debatía una cuestión puramente doméstica sino que se planteaba la disyuntiva entre los más altos valores religiosos y culturales de Occidente y la barbarie marxista.”

Los nacionalistas católicos defendían la idea de un “ser nacional” fundado exclusivamente en el catolicismo. La sustancia irrenunciable de la nación se encontraba en su contenido religioso. España, “nación católica” por excelencia, era el ejemplo a seguir.

Para entender este pensamiento no hay que limitarse a coordenadas ideológicas sino ver la extracción de clase de quienes lo sustentaban. Estaban vinculados a sectores de la burguesía que creían que el régimen parlamentario dejaba el terreno libre a los desbordes de las mayorías plebeyas y permitía la expansión del comunismo.

Querían un Estado fuerte, encabezado por un liderazgo personalizado e indiscutible, a la manera de los fascismos en auge en Europa. Que suprimiera las libertades públicas y el régimen liberal para disciplinar a la nación en la preservación del orden y la defensa de los valores tradicionales.

Todo lo que los llamados “nacionales” prometían para España.

Si bien no se identificaban con el gobierno del general Agustín P. Justo, apoyaban las medidas represivas de éste y propiciaban la adopción de otras nuevas, como una ley integral de represión del comunismo. Cuando el gobierno encarcelaba y torturaba obreros en huelga o declaraba ilegales a partidos obreros y organizaciones de izquierda, aplaudían con entusiasmo.

En lo que muchos de estos intelectuales se diferenciaban de los fascistas era en que no compartían el espíritu plebeyo del régimen italiano y alemán, ni su discurso de matices anticapitalistas. Eran ante todo hombres de orden, profundamente elitistas, querían al pueblo fuera del campo político.

Los intelectuales más destacados que apoyaban al bando de Franco

Entre ellos se encontraban los dos escritores de mayor llegada al público en Argentina: Manuel Gálvez y Gustavo Martínez Zuviría. Ambos católicos, ambos nacionalistas, los dos

cercanos a los fascismos, los dos cultores del mito de la “hispanidad”, una cultura hispanocatólica que debía unificar contra cualquier amenaza laica y comunista.

Había influido mucho sobre ellos Ramiro de Maeztu, doctrinario que había sido embajador de España en Argentina a fines de la década de 1920. Era propulsor de la idea de la “hispanidad”, marcada por la unidad de los pueblos de ascendencia española y fe católica, a ambas orillas del océano.

Su interpretación de España como nación católica coincidía con la de la derecha española, exaltadora del Imperio, de la reconquista, de la contrarreforma. Todo eso estaba amenazado por la “canalla marxista” que había estado a punto de apoderarse de España de modo definitivo y el golpe militar “salvador de España” salía a impedirlo

Como otros nacionalistas, condenaban todo el pensamiento y la práctica de la Ilustración, añoraban de algún modo la época de las grandes monarquías, que habían conquistado buena parte del mundo y combatido a cualquier signo de heterodoxia o disidencia.

Martínez Zuviría había tenido un colosal éxito de público con “El Kahal-Oro”, dupla de novelas antisemitas que pintaban una conspiración judía mundial con eje en Argentina.

Era además el director de la Biblioteca Nacional, en la que había cometido actos de discriminación contra lectores judíos.

Gálvez producía novelas que exaltaban el catolicismo, deploraban la quiebra de valores, las libertades excesivas y propiciaban la “recatolización” de la sociedad. En 1934 había publicado una serie de artículos luego convertidos en libro, *Este pueblo necesita*, que eran un verdadero manifiesto fascista, una elegía a la instauración de un régimen plenamente autoritario en nuestro país.

Gálvez afirmaba que era ineludible elegir entre “Roma y Moscú”. Roma era “la mano de hierro del fascismo, violenta, justiciera, salvadora”. Sus simpatías se extendían hasta el nazismo: “Yo no apruebo las persecuciones realizadas por los nazis, pero me entusiasman aquellos campos de concentración en donde millares de jóvenes aprenden la vida austera.”

Otro intelectual profranquista destacado era Carlos Ibarburen. No era un escritor masivo como los anteriores, pero sí un destacado dirigente de instituciones culturales y literarias. Asimismo había sido un dirigente político importante, con una candidatura a presidente con elevada votación incluida. Publicó un libro de exposición de sus ideas en 1934, *La inquietud de esta hora*, en el que abogó por una nación unificada, sin partidos políticos, con el reemplazo de la democracia individualista, propia del liberalismo, por lo que llamó “democracia social”, de tinte corporativo.

Gálvez e Ibarburen colaboraron de modo activo con organizaciones de solidaridad, como el Socorro Blanco, imitación reaccionaria del Socorro Rojo Internacional.

Internacionalismo “negro”

Esos sectores recibieron con euforia el triunfo de las fuerzas antirrepublicanas. En una recepción celebrada el 13 de abril de 1939 en el hotel *Continental* de Buenos Aires, Gálvez e Ibarburen participaron de los festejos por el triunfo de Franco. Se aprestaron a secundar todas las iniciativas a favor del régimen triunfante.

Su anticomunismo, su enfrentamiento con cualquier forma de democracia y su defensa de una concepción integrista del catolicismo se gratificaban con esa victoria.

Hay que insistir en que el profranquismo de un sector de la intelectualidad argentina tuvo íntima vinculación con sus posiciones en el conflicto social en nuestro país. Estaban alarmados por el crecimiento del comunismo y otras fuerzas de izquierda y por el aumento de la conflictividad obrera.

No confiaban en el poder de contención del gobierno del “fraude patriótico” y querían un régimen de fuerza que persiguiera hasta borrarlos a los “enemigos del orden”. Y miraban con simpatía a los proliferantes grupos nacionalistas que ejercían la violencia en las calles contra las corrientes de izquierda.

La solidaridad con los sublevados españoles fue por su parte un ejercicio de internacionalismo reaccionario, en el combate mundial contra la democracia y el socialismo.

Los hombres de sotana

También actuaban los sacerdotes con elevada formación intelectual que se constituían en la voz oficial de la Iglesia. El más destacado era Monseñor Gustavo Franceschi, director del periódico católico *Criterio*.

Esa revista entiende a la Guerra Civil Española como una neocruzada heroica en clave de siglo veinte, antídoto para los males de la modernidad. Incluso el medieval concepto de guerra santa cobraba nuevos bríos.

Los impulsaba también un factor más coyuntural: El repudio a la política laicista de la segunda república, a la que percibían como una “intolerante persecución” a la iglesia española. En un par de artículos de la constitución republicana y en alguna ley posterior se condensaban una serie de recortes a las atribuciones eclesiásticas, sobre todo en materia educativa, actividad que les prohibía. También les quitaba el apoyo económico del Estado y les vedaba la acumulación de bienes y las actividades industriales.

Lo que iba acompañado por la supresión de la orden de los jesuitas, tal vez la más poderosa y a la vez la más repudiada por los partidarios del laicismo.

La rebelión de julio de 1936 fue tomada por la iglesia española como una reivindicación y un ataque al laicismo de la constitución de 1931, que volvía a entronizarse con el triunfo del Frente Popular. La actitud de hombres como Franceschi se hallaba en un todo de acuerdo con eso.

Iniciada la guerra civil los numerosos fusilamientos de sacerdotes católicos y la quema de iglesias se convirtieron en un agravio que los medios católicos mayoritarios condenaron en todo el mundo tomaron como propio. Sin embargo hubo corrientes católicas que sin dejar de repudiar los ataques contra la iglesia denunciaban también los salvajes actos represivos de los “nacionales” y se negaban a asumir la idea de una “guerra justa” contra la república.

La iglesia argentina sigue esa línea de su par española. Los intelectuales del clero estimulaban el alineamiento de la feligresía, cada católico fue llamado a tomar posición y toda crítica al espíritu de cruzada dominante era puesta en sospecha de encubrir simpatías hacia el comunismo.

En cada parroquia los curas predicaban a favor de la causa de la “salvación de España”, una verdadera cruzada contra infieles, para conjurar la peste laicista que había corroído a la República y combatir a las fuerzas que atentaban contra el orden social.

A los factores provenientes de España y del clima político mundial se unían componentes locales. Las fuerzas conservadoras visualizaban un auge del comunismo y otras corrientes radicalizadas en el país. El año 1936 había comenzado con una gran huelga, con epicentro en el sector de la construcción, que a su vez había dado lugar a fuertes disturbios callejeros, como no se veían en Buenos Aires desde la semana trágica de 1919. Meses después, un gran acto pluripartidario el 1 de mayo había sido visto como el preanuncio de la conformación de un frente popular, que podía llevar a las fuerzas de izquierda al gobierno.

En esa situación, el “combate al comunismo” en España era un correlato de la lucha contra el comunismo en la sociedad argentina.

Franceschi tomaban también parte en actividades prácticas de solidaridad con los rebeldes españoles.

Por ejemplo, se dedicó a una colecta para reponer los objetos sagrados que habían sido destruidos o sustraídos por los “rojos” en las iglesias españolas. Viajó luego a la península para llevar lo obtenido en la colecta y allí hace la defensa incondicional de los rebeldes. Interviene por ejemplo en la discusión sobre el bombardeo de Guernica, defendiendo la tesis oficial de que habían sido los “rojos” los que habían incendiado la ciudad mientras se retiraban, en actitud negacionista del bombardeo efectuado por la Legión Cóndor alemana.

Sus vivencias españolas fueron volcadas en un libro *En el humo del incendio*, un alegato contra el llamado “terror rojo”.

Otro sacerdote católico que se destacó en relación con la guerra española fue Julio Meinvielle. Debatió con un gran filósofo católico, Jacques Maritain, que desmentía el carácter de guerra santa del conflicto español y denunciaba los crímenes de los “nacionales”. Maritain visitó Buenos Aires en 1936, ya estallada la guerra. El sacerdote defendió la idea del carácter sagrado de la guerra contra el comunismo e impugnó las tendencias liberales de su adversario.

Los periódicos de simpatía fascista jugaban asimismo un papel en la propaganda profranquista, eran *Bandera Argentina*, *Crisol*, *Sol y Luna*, *La Fronda*. Si bien mantenían relaciones con el ámbito católico, su fidelidad principal era con las ideas del fascismo. Algunos incluso estaban financiados por la embajada alemana.

La dirigencia política conservadora

Manuel Fresco, gobernador de la provincia de Buenos Aires, declarado partidario del fascismo. Desde el primer momento fue adherente a la sublevación española. Durante la guerra buscaba entorpecer cualquier manifestación a favor del gobierno español. Los comités de ayuda fueron víctima de redadas de carácter “anticomunista”, incluso de actividades de represión directa hacia los adherentes a tales organizaciones.

Matías Sánchez Sorondo era un destacado senador del partido conservador, que se destacó en toda la etapa en actividades anticomunistas, como la confección de un proyecto de ley orientada a la represión, que en realidad no iba sólo contra el partido comunista. Ese proyecto no tuvo mayor eco durante años, pero con la guerra se activó y logró media sanción del Senado, sin llegar a convertirse en ley. Estaba orientada no sólo contra el comunismo y tendencias afines, sino a cualquier fuerza independiente y cuestionadora, con el movimiento obrero al frente. Sánchez Sorondo viajó a España en marzo de 1937, invitado por el gobierno de Burgos. Fue objeto de una concurrida y resonante despedida antes de salir de Buenos Aires. Luego siguió viaje a Italia a Alemania, donde se entrevistó con Hitler.

Estos dirigentes no encarnaban la corriente principal del conservadorismo, pero lograban adhesiones importantes. El gobierno argentino de la Concordancia siguió manteniendo relaciones con la república pero tuvo una actitud más que reticente hacia quienes la apoyaban en nuestro país. Por ejemplo, poniendo condiciones y a veces prohibiendo sus actos públicos. Y después de la guerra pondrían obstáculos al exilio español, no querían recibir “rojos” en el territorio nacional.

Las organizaciones de la colectividad española que estuvieron con el franquismo

Las entidades que reunían a los sectores más acaudalados de la comunidad hispana estuvieron del lado de los sublevados. Algunas sostenían una apariencia de neutralidad que apenas encubría la inclinación por los rebeldes. Banco Español, Hospital Español, Cámara de Comercio hispanoargentina, Club Español, Asociación Patriótica Española, integraron la conjunción antirrepublicana. Cabe aclarar que algunos de estos organismos articularon la solidaridad con “los nacionales” en España con el propósito de “recristianizar” a las comunidades españolas en Argentina y a combatir el “influxo comunista” en su seno.

Vale la pena especificar tres situaciones diferentes entre las organizaciones ligadas a colectividades de España. Las que agrupan población de origen hispano en general, sin acepción de regiones o lugares, tendieron a inclinarse hacia el franquismo. Las de carácter regional, como el Centro Gallego o el Centro Asturiano fueron objeto de disputa y las llamadas microterritoriales (las que agrupan a originarios de una misma comarca, ciudad o pueblo) tendieron a inclinarse por la defensa de la república. La más conocida, la Federación de Sociedades Gallegas.

También estaban las organizaciones específicamente políticas y las creadas ex profeso para la solidaridad con los sublevados. La filial argentina de Falange, la Agrupación Monárquica Española, los Legionarios Civiles de Franco, la Asociación gallega de cruzados de Santiago, el Socorro argentino a las víctimas de España, el socorro blanco argentino, Centro Acción Española y Agrupación Tradicionalista Española.

En la Agrupación Monárquica tomaba parte una princesa española radicada en el país, María Pía de Borbón. En los Legionarios Civiles de Franco actuaba el conde de Guadalhorce, máximo directivo de la gran compañía española que construyó el subte C.

Publicaciones y órganos de prensa de las instituciones españolas afines al alzamiento, entre ellas: *El Diario Español*, *Falange Española*, *Juan Español*, *Correo de Galicia*, *El requeté*, *Orientación Española*, *Acción Española*, *Fe Gallega*, *Por Ellos* y *Orientación Española*. También hubo programas de radio profranquistas, como “Habla España”, que se trasmitía por Radio Callao.

En algunos de estos medios se pueden encontrar menciones a los desacuerdos existentes dentro del conjunto de agrupaciones franquistas.

Así en *El requeté*, órgano de un sector del carlismo: “Con Franco absolutamente y sin reservas, en todo cuanto se refiere a la guerra. Con Franco, condicionado al bien común, en todo lo referente a la gobernación y ordenación del Estado. Fuera de Franco o contra Franco en cuanto dice relación con política de partido o personalista. Detestamos toda apariencia de fascismo o racismo y no la queremos para España

El mando de Burgos envió a un representante informal, Juan Pablo de Lojendio, que participó en la coordinación de las actividades solidarias con el franquismo. Asimismo hubo encargado en Argentina del servicio de prensa y propaganda del gobierno de Burgos. Funcionaba la Oficina de Prensa y Propaganda de la Representación de España -OPYPRE-. Además de las publicaciones periódicas, en 1937 y 1938 editó un total de 23 libros claramente favorables a los “nacionales.”.

La investigadora Mónica Quijada señaló que la campaña a favor del bando nacionalista español fue efectuada, de manera casi exclusiva, por una minoría perteneciente a los estratos medios y altos de la colonia hispana radicada en el país, la cual estuvo acompañada por miembros influyentes de la oligarquía local y de la Iglesia Católica argentina.

Otra investigadora, Alejandra Noemí Ferreyra ha hecho un estudio detallado de la solidaridad con el franquismo que partió de Argentina. Seguimos aquí parte de la información que proporciona su tesis doctoral: “La conformación de un consenso pro-franquista en la comunidad española de Buenos Aires: solidaridad material y propaganda político-cultural (1936-1945).”

Estos sectores se caracterizaron por realizar significativas contribuciones económicas al movimiento rebelde y por mantener una adhesión cercana al “fervor religioso” hacia el General Franco.

Estas organizaciones realizaban colectas, encuentros, comidas. No eran muy numerosas y por eso no solían recurrir a actos masivos, pero sí podían movilizar recursos económicos y muchas relaciones. Un acontecimiento muy peculiar era la celebración de reuniones de “plato único” tomadas de una política del franquismo en España. Se consumía un solo plato y se pagaba como si se hubiese tomado un menú completo.

Después de alguna colecta que prometía enviar recursos a ambos lados del frente, los simpatizantes de la derecha empezaron a organizar recolecciones de fondos y bienes explícitamente destinados a apoyar a las fuerzas antirrepublicanas. El Centro Acción Española organizó una colecta muy temprana. La consigna era “tomar a su cargo la tarea de recaudar víveres, ropa, medicamentos y demás elementos, con destino a los patriotas que defienden en los campos de batalla la soberanía española”, así como también, dio inicio a una colecta de joyas, alhajas y objetos de valor para acrecentar las arcas de la España nacionalista.

En total, se crearon Juntas Nacionalistas Españolas en todo el territorio argentino, entre ellas hubo filiales en: Santiago del Estero, Entre Ríos, Córdoba, San Luis, Santa Fe, Corrientes, Misiones, Tucumán, Catamarca y Buenos Aires. No obstante, los obstáculos con los que se encontraron los emisarios fueron múltiples, desde la apatía hasta el rechazo más absoluto. Sus informes evidencian la presencia de una abrumadora mayoría pro republicana en las colonias españolas del interior (más de un 80% según sus propias palabras), a lo que se sumaba la de aquellos quienes, a pesar de manifestar su simpatía hacia el bando rebelde, por temor a perder sus ganancias comerciales no accedían a comprometerse y declarar abiertamente su posicionamiento político.

Otra iniciativa del Centro Acción Española fue la producción y venta de tarjetas postales a color con la imagen del General Franco, cuya recaudación fue donada a la colecta a favor del ejército sublevado (Imagen 3).²² El director del Colegio Champagnat ideó esta propuesta que tuvo un notable éxito entre los alumnos del colegio católico, quienes en poco tiempo lograron vender más de nueve mil tarjetas entre sus familiares, allegados y amigos

También hubo agrupaciones femeninas de Acción Española: “a las secciones femeninas movilizadas correspondía el ejercicio de la función maternal, debiendo ocuparse casi exclusivamente de la contención y el socorro a los niños y huérfanos españoles que sufrían las calamidades de la guerra.

Damas de otras agrupaciones encabezaron iniciativas, como el Roperio Santa Teresa de Jesús, que se encargaba de proveer ropa y calzado para niños y adultos de la zona llamada "nacional", de los Legionarios Civiles de Franco. El mismo fue integrado a la Delegación Nacional de Frentes y Hospitales que presidía en España nada menos que Carmen Polo, la esposa del General Franco.

Otras entidades se fundaron para contribuir con el alzamiento militar en la península, pero con protagonismo de ciudadanos argentinos, pertenecientes muchos de ellos a lo que se llamaba "alta sociedad". Fue el caso de "Socorro Blanco Argentino pro Reconstrucción de España", creado en diciembre de 1936 por reconocidas personalidades de la intelectualidad y la oligarquía local. Y también el caso de SALVE (Socorro Argentino a las Víctimas de España), cuya comisión directiva estaba conformada por Adela Gramajo de Patrón Costas, Isabel Bonorino Udaondo de Marcó, César González Álzaga y Saturnino Zemborain.

Uno de los fundamentos de esa solidaridad era que se sufrieran en Argentina convulsiones similares: "Imaginemos las consecuencias de una victoria del gobierno rojo de Valencia. Es casi seguro que ello provocaría estallidos revolucionarios en América. Ahora mismo observamos aquí un recrudescimiento del espíritu miliciano en la numerosa colonia española (...)"

Además de ello, el Centro Acción Española protagonizó una de las primeras campañas propagandísticas a favor del movimiento rebelde por el interior del país.

También hubo envío de voluntarios, en particular por parte de la filial argentina de Falange Española. No hay un número preciso de cuantos españoles o descendientes de españoles viajaron, pero sí la información de que 80 pidieron la repatriación al final de la guerra.

La primera expedición partió desde el puerto de Buenos Aires a bordo del vapor General Artigas el 26 de agosto de 1936, bajo el comando de Nicolás Quintana y José Ruiz Bravo, este último viajó además en calidad de corresponsal del periódico Bandera Argentina. Este primer grupo compuesto por 26 jóvenes fue despedido por los adeptos al alzamiento en un almuerzo de camaradería organizado en el Centro Acción Española y Soledad Alonso de Drysdale, quien no escatimó en los costos del agasajo y en el envío de obsequios para los soldados que se hallaban en el frente.

Una despedida muy distinta le daban los trabajadores del puerto que los hostigaban dando vivas a favor de la república y derivaban en enfrentamientos que llegaron a provocar la intervención de la policía.

"Es importante destacar que la campaña de solidaridad a favor del bando liderado por el General Franco logró una mayor uniformidad que la de sus pares republicanos. Esto en gran medida se debió a la acción del Representante oficioso, Juan Pablo de Lojendio, quien promovió la creación de una única "Suscripción Nacionalista Española" orientada a fiscalizar las recaudaciones y el envío de los donativos que se remitían a la España nacionalista."

Terminada la guerra e instalada la embajada de la dictadura española, continuó una amplia gama de actividades de apoyo al nuevo régimen, incluida la formación de espacios de intercambio cultural hispanoargentinos: Programas de radio "Habla España" de Acción Española y "Orientación Española" de la propia Oficina de Prensa y Propaganda.

Corresponsales y poetas en la guerra de España

Entre los corresponsales argentinos en la guerra de España, se destacaron los enviados por dos medios, de muy distintas características y envergadura. Coincidían sin embargo en su alineamiento sin fisuras con la república: *Crítica* y *La Nueva España. Órgano del Comité de Ayuda al Gobierno Español del Frente Popular* Más aún, parte de los periodistas del segundo provenían del diario que se distinguía por su colosal masa de lectores.

De este núcleo de corresponsales enrolados en la causa republicana, dos viajaron juntos a España, en febrero de 1937, Raúl González Tuñón y Cayetano Córdova Iturburu. Los dos eran comunistas. Por añadidura a su labor de corresponsales, ambos se hallaban invitados al Congreso de Intelectuales Antifascistas, que se inauguraría más adelante en Valencia. Córdova venía de ser uno de los impulsores de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), organización de clara orientación antifascista desde una perspectiva de izquierda.

Tuñón y Córdova formaban parte de un grupo de figuras que ingresan a *Crítica* para llevar a cabo una transformación: los hermanos González Tuñón, Nicolás Olivari, Conrado Nalé Roxlo, Pablo Rojas Paz, Ulyses Petit de Murat y Córdova Iturburu, entre otros, quienes se convirtieron a su vez en los representantes de “la vanguardia del periodismo argentino”.

En Cayetano, el poeta se superponía al periodista: Si bien en las crónicas previas ya aparecen ciertos rasgos poéticos a la hora de exaltar la dimensión moral y épica de la resistencia republicana en contraposición al bando de los sublevados, en esta crónica, sin dudas, la poesía se apropia del escritor y se impone por sobre la prosa periodística. Córdova Iturburu insiste en una belleza inherente al aspecto humano que desborda al horror de la guerra. A la dirección del diario no le gustaron esas crónicas y sólo publicó tres. Y al tiempo C.C.I dejó de ser corresponsal del diario. Reunió y revisó sus escritos periodísticos para el libro *España bajo el comando del pueblo*. Y escribió: *Este libro aspira a ser un alegato. Pero un alegato en el que la pasión y el entusiasmo se recatan en la firme voluntad de comprender y expresar con serena objetividad el resultado de mis inquisiciones [...] He creído que mi deber consistía en recoger un panorama estricto para ofrecerlo a mis compatriotas en prueba de la justicia de la causa de España y en testimonio de la grandeza de su sacrificio.*

En cuanto a los contenidos más sobresalientes del libro pueden agruparse en tres grandes temas que, a su vez, contemplan lo sucedido tanto en la retaguardia como en el campo de batalla. En primer lugar, aquellos preocupados por denunciar las atrocidades de la guerra llevadas a cabo por los sublevados, desde las batallas y bombardeos en el frente y sobre la sociedad civil hasta las violaciones de mujeres; en segundo lugar, temas relacionados con el carácter heroico de los leales definidos en la organización laboral –que se observa en la puesta en marcha de fábricas al servicio de la guerra–, las reformas agrarias y la maduración de los soldados a lo largo del conflicto gracias a la disciplina y la conciencia política. Y, en tercer lugar, en consonancia con el papel específico de los intelectuales antifascistas, la lucha “por la defensa de la cultura”, destacada sobre todo a partir del cuidado y rescate del patrimonio cultural y el impulso de las campañas de alfabetización llevadas a cabo en plena guerra.

José Gabriel, sería el primero de los corresponsales de guerra de *Crítica*: viajará después, de febrero a agosto de 1937 Córdova Iturburu, La sede del diario, en la Avenida de Mayo, se

había convertido desde los primeros meses de la guerra en un lugar de reunión para simpatizantes de la República Española: allí podían leer los últimos cables, transcritos sobre pizarras en el vestíbulo; allí podían contribuir a la colecta para la Cruz Roja impulsada por el periódico; y allí, más tarde, iban a poder visitar exposiciones de fotos o carteles de la guerra.

De militancia trotskista, tenía un fuerte vínculo con el proceso político español, acerca del cual había comenzado a escribir ya en 1932, con el folleto *Burgueses y proletarios en España. La revolución española. Su origen – su significado – su destino.*

Gabriel recorre los frentes de combate, relata los choques armados con dramatismo, vive experiencias tan singulares como compartir algunos días en el campamento de Buenaventura Durruti. *“Recorrí todo el tramo de la columna Durruti, siempre con el enemigo ahí enfrente, a tiro de escopeta; tomé mate en su cuartel general, donde tuve la suerte de reforzar la provisión de yerba a punto de agotarse; estreché en ella la mano a un voluntario cubano y a cuatro voluntarios argentinos; conversé amablemente con el primer y segundo jefe, ambos largos años residentes en Buenos Aires; y al caer el sol espléndido, con el destacamento que la columna tiene en Osera, a treinta kilómetros escasos de Zaragoza, asistí a un admirable ataque de los milicianos”*

En consonancia con su cercanía al trotskismo, Gabriel se alinea con la revolución en curso en Cataluña y suscribe la posición de la CNT, de que es indispensable hacer la revolución para ganar la guerra. Esas opiniones generaron algunos desagrados y es posible que hayan influido en su intempestivo regreso de España. En noviembre de 1936 ya estaba de vuelta en Buenos Aires.

Las crónicas que escribió para el diario fueron el basamento de los libros que dedicó al conflicto hispánico, *La vida y la muerte en Aragón y España en la cruz.*

María Luisa Carnelli escribía para *La Nueva España*. No fue enviada, sino que ya residía en la península desde antes del conflicto, y al iniciar su colaboración llevaba publicado un libro *U.H.P., mineros de Asturias*, recorrido por la identificación con la insurrección obrera de 1934. También escribía para medios gráficos españoles, como *Ahora* y *El Sol*, en especial este último. Una mujer reportera, y nada menos que en una situación de guerra, era algo nada frecuente en la época. En la época, las mujeres periodistas solían dedicarse a las páginas “femeninas” o a comentarios sobre literatura y temas culturales. Carnelli incluso va al frente, y relata sus experiencias allí: “Acompañados siempre por el comandante Rodríguez y por el poeta y escritor argentino Raúl González Tuñón, salimos en fila india de la línea quebrada de las trincheras. Nos aguarda un espectáculo magnífico. Al segundo batallón de andaluces de la Brigada 36 acaban de suministrarle los nuevos equipos [...]. Salud a los jóvenes campesinos del Sur que luchan aquí, en Madrid, para reconquistar la tierra querida...”

Carnelli fue también militante comunista, poeta y se desempeñaba en el oficio de letrista de tango, entre cuya producción se pueden mencionar dos grandes éxitos *Se va la vida* y *Cuando llora la milonga.*

En España se vinculó estrechamente al Socorro Rojo Internacional (SRI), colaborando en su periódico, *Ayuda. Semanario de la Solidaridad*, junto con Tina Modotti y Fanny Edelmán.

Escribe numerosos artículos desde el escenario mismo de los combates en torno a Madrid. “Por sus apasionados artículos en el diario *El Sol* sabemos sus andanzas de 1937: en abril,

visitó el frente de guerra en Carabanchel; el 14 de julio narra un asalto de unidades marroquíes contra las líneas y parapetos que defienden Madrid; el 21 de julio hace un reportaje sobre un hospital de sangre; el 7 de septiembre escribe sobre la importancia de mantener lejos de la artillería enemiga a los niños y niñas madrileños; el 10 de noviembre escribe sobre el frío en las trincheras de la sierra de Madrid. En otros artículos aparecen los camilleros que transportan heridos del frente, las mujeres del Partido Comunista y su labor en la retaguardia o las trabajadoras del Metro”

González Tuñón era ya un reconocido poeta, periodista y militante comunista al viajar a España.

En un artículo enviado desde España Tuñón escribe: *Como poeta al servicio del pueblo, de su vanguardia, la clase trabajadora, como argentino, es decir, como español de América, sintiendo que la ceniza de antepasados campesinos, obreros, imagineros y mineros me corre hecha sangre por las venas vitales, vengo a entrar al drama grandioso, vengo a entrar al fuego, vengo a recorrer los caminos de la victoria convencido más que nunca de que la barbarie y la cobardía fascistas serán desterradas tarde o temprano del territorio español, lo que quiere decir que España habrá ganado para el mundo la más formidable de las batallas.* —“La ruta del coraje”, *La Nueva España*, Buenos Aires, 4 de abril de 1937.

Antes de eso, había escrito los versos de su libro *La Rosa Blindada*, dedicados a la rebelión asturiana de octubre de 1934, fruto de un viaje a la península anterior a la guerra. Allí desempeñaron un papel principal los trabajadores de las minas: “La sangre cayó a la tierra / de la cuenca de su pecho. / La tierra se fecundó / con la sangre del minero. / Como era tierra de Asturias / entre sus granos nacieron / miles de puños cerrados / y corazones abiertos”

Tuñón cuando viaja a España, en febrero de 1937, no lo hace en representación de *Crítica* sino a *La Nueva España*, que era órgano del Comité de Solidaridad con España en Argentina.

Además de las crónicas de guerra que envía desde España y de su muy copiosa producción periodística, entre 1936 y 1939 González Tuñón da a la imprenta cuatro libros de asunto español: *La rosa blindada* (Buenos Aires, 1936), poemario dedicado al levantamiento minero de Asturias de 1934; *8 documentos de hoy* (Buenos Aires, 1936), conjunto de discursos y artículos sobre la situación de España y el papel de los escritores; *Las puertas del fuego. Documentos de la guerra de España* (Santiago de Chile, 1938), volumen misceláneo de relatos y prosas breves; y *La muerte en Madrid* (Buenos Aires, 1939), formado por poemas dedicados a la defensa de la capital.

Una posible lectura de la producción literaria y periodística de Raúl González Tuñón de 1936 a 1939 permite considerar todos sus textos de manera global como una larga epopeya. En efecto, el propósito de contar y cantar los hechos gloriosos y los personajes heroicos, las hazañas que deben ser recordadas por el pueblo (memorables porque deben ser albergadas en la memoria)

La lectura de las obras del escritor argentino como una epopeya clásica arroja una fecunda interpretación. Al mismo tiempo, permite comprender con mayor amplitud el colosal impacto que la Guerra Civil Española provoca en González Tuñón, quien consecuentemente se ve obligado a reafirmar su posición ideológica y su papel de poeta armado que, mediante una escritura desatada y comprometida, pretende alcanzar un doble objetivo: favorecer la victoria del bando republicano y preservar el recuerdo de unos hechos memorables que lo

convocan íntimamente. (Jesús Cano Reyes. "Fiebre y épica. González Tuñón, corresponsal de la guerra civil española)

Nos gustaría terminar con los últimos versos de un poema que Raúl dedicó a Miguel Hernández, con el que había trabado amistad en España, después del fallecimiento de éste, en 1943, un enlace entre la poesía hispana y la rioplatense, atravesada por la militancia comunista:

*Miguel, la Libertad vigila tu cadáver
tiene labio de espada y es un grito tendido—
Nosotros vengaremos tu sangre derramada
/ mientras tu verso vence los tiempos y los mitos.
Hoy las espigas dicen fusiles por tu nombre
y por tu nombre dicen espigas los fusiles.
Los surcos campesinos y el ancho mar levantan
ruido de guerras justas y poemas civiles.
Y mientras te deshaces bajo la tierra oscura,
y mientras te transformas de polvo en amapola,
por ti vemos los signos celestes del Gran Día,
y tu resurrección en el alba española».*

Índice

La guerra de España en tierras rioplatenses.....	1
Introducción.....	1
Intelectuales argentinos con Franco. Entre la Iglesia y el fascismo.....	2
Los intelectuales más destacados que apoyaban al bando de Franco.....	2
Internacionalismo “negro”	3
Los hombres de sotana.....	5
La dirigencia política conservadora.....	6
Las organizaciones de la colectividad española que estuvieron con el franquismo.....	7
Corresponsales y poetas en la guerra de España.....	10